

El poeta Carlos Montemayor

Vicente Quirarte

Carlos Montemayor, además de novelista, periodista y luchador social, fue un poeta indiscutible: una de las voces necesarias para la literatura mexicana. Vicente Quirarte recorre la obra del escritor chihuahuense recientemente fallecido y descifra algunas de las claves de su poética.

El venturoso azar y la justicia poética han propiciado que esta convocatoria a estar con nuestro amigo Carlos Montemayor tenga lugar en abril, el cuarto mes del año que da nombre a una de sus colecciones de versos más queridas: *Abril y otras estaciones*. En este mes la primavera se encuentra en plenitud de sus poderes, de su soberbia hermosura, y nos recuerda que un día no llegaremos a su cita, mientras ella continuará, renaciente y cíclica. La vida es cruel por transitoria, pero generosa si pensamos, como escribió Carlos, que somos parte de un ciclo y estamos obligadamente de paso.

Es mentira que las cosas pasen, desaparezcan.
No ha muerto mi madre, no ha muerto mi hermano:
Es el canto de las estaciones, es nuestro canto.
Juntemos los días, las noches, las fogatas de la infancia
y la vejez;
los cantos de juegos y los cantos tristes,
los labios y las frentes y los cuerpos,
como recuerdos que nacen entre escombros de
[cuerpos,
como otoños que nacen entre escombros de verano.

Las estaciones fueron para Carlos una forma de religión. Hombre de desierto, supo desde niño que el tiempo, más que por las cifras del reloj, se mide por los

ritos laicos del esfuerzo, la contemplación, la doma de los elementos que forman parte de la vida de un minero o un serrano, y que esa forma de sentir equivale a la del poeta auténtico, ése que halla en la reiterada pureza de las funciones sustantivas la justificación de la poesía. Y de la existencia. De ese aprendizaje elemental proviene la autenticidad de sus palabras, la búsqueda individual que de manera natural se transformó en registro y difusión de la voz de otros, como lo demuestra su intensa labor para traducir y difundir la escritura en lenguas indígenas. El título de la obra publicada en colaboración con Donald Frischmann, *Palabras de los seres verdaderos*, refleja esta creencia en la poesía que brota de la urgente necesidad de decir y no del artificio retórico.

En una generación justamente deslumbrada por las luchas de liberación, el lenguaje coloquial y en su otro extremo el virtuosismo metafórico, la elevación de la experiencia sexual hasta niveles celestes, él encontró su propia voz. No se dejó llevar por la pirotecnia verbal ni el juego de ingenio. Sus poemas exigen la sustancia de la tierra y renuncian a la adjetivación estéril. La elementalidad rigurosa de su Alberto Caeiro lo llevó a comprender que hay que adecuar las palabras a las cosas, y que en cada una de ellas palpita el universo. Llegado de su natal estado de Chihuahua con el desierto en las pupilas, en esta Ciudad de México encontró una vida

llena de movimiento, pero también otro desierto: el de la inequidad, la deslealtad, el íntimo desamparo de sus habitantes. No se dejó vencer por la tentación de la seductora nostalgia: enfrentó la ciudad que lo recibía, desconfiada y arisca, y le dedicó versos que, sin nombrarla, la cantan y la redimen. Cada poema de su primer libro, *Las armas del viento*, es una apuesta para la salvación de la polis, una oración para vivirla con pena mientras en ella se ejerza una sola injusticia.

Como su maestro y amigo Alí Chumacero, Carlos supo que la poesía es ejercicio de juventud. Nunca dejó de cultivarla, como lo trataré de explicar más adelante, pero renunció a la buscada pureza de la poesía para ir al encuentro de otras formas de redención. Y si la palabra *armas* se ve en varios de sus títulos y textos es porque en el vero y en la inteligencia encontró los medios para librar un combate a favor de la verdad y la justicia. La obligación más alta de un poeta es templar y hacer más puras las palabras de la tribu. A él no le bastó llevar a la práctica, con intensidad y altura, tal precepto. Había que llegar a otras formas de comunión, de re-ligarse con los otros. De otro de sus maestros, Rubén Bonifaz Nuño, proviene su afirmada vocación por los clásicos grecolatinos. Recuerdo, entre otros trabajos suyos, el prólogo a las *Cartas a Lucilio* de Séneca, ese filósofo cordobés que supo encontrar la verdadera poesía en la lealtad a sí mismo. De ahí que resulte tan estremecedor recordar un poema de Carlos perteneciente al libro *El cuerpo que la tierra ha sido*:

Pareciera, en tarde como ésta,
que la tierra es una forma de estar,
una olvidada sensación. Y que busca,
como un deseo en otro cuerpo,
como si en nuestro cuerpo lo sintiera,
la hierba que una vez lo cubrió,
las lluvias que sobre ella cayeron numerosas noches.
En tardes como ésta comprendo,
sin prisa, claramente,
que todo cuerpo recuerda la tierra que ha sido.

No puedo decir que tuve el privilegio de ser amigo de Carlos Montemayor, pero sí puedo afirmar, con orgullo aún mayor, que Carlos Montemayor era amigo. Al igual que Garone, ese muchachón noble y rapado de la novela de Edmundo d'Amicis que siempre estaba allí como la montaña, sin exigir nada a cambio de su serena, incondicional protección, Carlos se prodigaba sin expansiones, pasando la mano por el hombro sólo cuando era necesario. Así me saludaba en la Academia, con un breve y firme apretón que decía más que los mil abrazos vacíos del gesticulador. Nunca pude decirle todo lo que le debo, a causa de ese torpe pudor que nos invade ante los hermanos por elección. Con la oportunidad de



Carlos Montemayor

sucederlo en la cátedra “Rosario Castellanos” en Jerusalén, me dio a Julio Botton y Ruthie Fine, seres cardinales sin los que mi vida estaría incompleta; me dio sus pasos por el desierto de Samaria, reconstruidos por nuestro mutuo amigo Andrés Ordóñez, quien me hablaba sobre las arias que en la franja de Gaza o de Qumrán Carlos entonaba con singular entusiasmo; me dio la sonrisa de Ibrahim, el capitán palestino del restaurante que en el Hotel Maiersdorf recordaba a ese sereno profesor que durante el Sabbath permanecía en el edificio de la Universidad mientras todo mundo abandonaba el barco. Dios descansaba de haber creado el mundo y Carlos se quedaba a construir otros reinos que trataran de enmendar las imperfecciones de la criatura humana.

El auditorio donde esta ceremonia tiene lugar lleva el nombre de Jaime Torres Bodet. A él se deben, entre otras muchas cosas, las palabras que se encuentran en el umbral de este magno museo, y que deben ser leídas y memorizadas como una oración laica del hombre civilizado. La escritura y la vida de Carlos Montemayor unieron talento, intensidad, congruencia, tres elementos exigibles pero no siempre conjugados. Cuando fue preciso, ejerció funciones administrativas, vivió en la oficina como lo hizo Pessoa, Eliot, López Velarde, Bonifaz Nuño. Fue un funcionario ejemplar tanto en nuestras grandes universidades como en el Colegio Nacional donde tuvo la delicada responsabilidad de ser pararrayos de furias y pasiones. Pero llegó a un momento de su vida en que, como Bartleby, que parecía haber hallado en una oficina su sepulcro, dijo un “Preferiría no hacerlo” tan tajante, que lo llevó a no volver a ocupar un puesto ni a tener un sueldo fijo, ni siquiera el que como

profesor de tiempo completo merecía. Renunció al salario seguro y se lanzó a la aventura de la libertad, ésa que había defendido en su juventud y que decidió convertir en bandera de su madurez.

Sana costumbre es, en la Academia Mexicana de la Lengua, hacer un descanso a la media jornada de la sesión. Nos sirve como testigo activo y sostén de nuestros vasos la mesa donde, dice la leyenda, Manuel Acuña escribió el poema que la posteridad bautizó, para doble pena de la supuesta musa, como “Nocturno a Rosario”. Alrededor de esa mesa, Carlos nos habló, entre otros proyectos, sobre un poema de largo aliento que estaba escribiendo. Debo a la inmensa generosidad de Susana de la Garza, a quien está dedicado ese poema aún inédito, el privilegio de haberlo leído y sentir en cada verso la palpitación del poeta que nunca dejó de ser Carlos Montemayor. Dejó de creer en el verso como solo sostén de su permanente rebeldía, pero nunca lo abandonó la fuerza que anima toda escritura que tiene como invisible y poderosa alma a la poesía: el andamiaje de sus novelas, la descripción honda del paisaje que en ellas aparece no hubieran sido posibles si Montemayor no hubiera creído como el poeta que era, que cada palabra salida al mundo es una aventura responsable en que el autor está cada vez más desnudo, como si con él naciera el mundo. Lo que más nos mueve de su libro de poemas póstumo, *Apuntes del exilio*, es que en él Carlos Montemayor se desnuda y se confiesa ante el sujeto de su amor. Si en colecciones anteriores su afecto hacia los seres más próximos a su carne y a su alma se expresaban de una manera colectiva a toda la humanidad —no otra es la función de la poesía— en estos diez cantos que en realidad integran un solo poema la voz se vuelve vocativa y evocativa: el tú de la persona amada se va uniendo con las diversas fases del yo hasta fundirse en un solo pronombre, indivisible y poderoso. *Apuntes del exilio* es un homenaje y un reclamo al amor, lo único que merece ser cantado. Poesía con ecos del *Cantar de los cantares*, de la tradición clásica, de todos aquéllos elegidos por su sensibilidad en su antología de los más bellos poemas de amor en lengua española.

Porque te esperé muchas veces,
horas y crepúsculos, montañas y tormentas,
veranos y deslaves.
Llegabas en un instante imborrable
que era indistinguible de tu cuerpo.
En tu fulgor se incendiaban las sábanas
con los árboles, la tierra, el verano.
Tu cuerpo era mi puerta de marfil al iniciarse el
[instante
y la de viento y música, una y otra vez, al sentirte.
¿Esto será el pasado o fue el futuro?, pensaba junto
[a tu fulgor.

¿La tersa llama de las cosas desaparecidas
o la luminosidad de las cosas futuras?
Ese rumor, esa música distante, esa luz, éramos
[nosotros.

Era, pues, lo que no entendía.
Tan sencilla, tan cercana.
Sin más misterio que tus ojos.
Con tu silencio.
Con el latido de tu propio cuerpo.
Con la sencillez de la piel.
Así, donde estamos. Así, ahora.

Tal vez para consolarnos de su pérdida, de su ya no estar con nosotros, nos amparamos en estas palabras tuyas tomadas de una entrevista:

Empezamos en la bóveda celeste y terminamos en la tumba. Es el caso de los gansos salvajes que se van y queda desolada la tierra para después reverdecer.

Un hombre de palabra, como Carlos Montemayor, está un breve instante aquí para tender puentes y buscar la luz en medio de la permanente tiniebla. Concluye esta invocación con palabras de otro poeta que Carlos hizo tuyas. Me refiero a su traducción de un poema de Víctor de la Cruz, originalmente escrito en zapoteco. Es un poema dedicado a la mujer que se va, al amor que se termina, pero también al abandonado que se monta en el potro de su orgullo y sabe que la vida es más poderosa que mil muertes. En la lectura que propongo, la muerte es la que busca al poeta, y él quien se da el lujo de abandonarla, él quien encuentra la suprema ironía de sentir que la burla:

Cuando en tus ojos busques
ya no me encontrarás,
y dentro de mi corazón
no habrá quién te diga
por qué camino me fui
y en dónde te olvidé.
El día que abras los ojos
ya no estaré,
me habré ido por otra senda
y a ti te habré olvidado.
Volverás la vista hacia el norte y sur,
por donde nace y se oculta el sol,
en donde se hacen cuatro los brazos del camino
mirarás como loca, buscando mis huellas.
Quién sabrá qué lluvias
y vientos habrán pasado ya
barriéndolas. U

Texto leído en la conferencia magistral, *Carlos Montemayor. In memoriam*, que se llevó a cabo en el auditorio Jaime Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología el 20 de abril de 2010.